

sumerge en el agua y lo menea repetidamente hasta que en el fondo solo queda una arena menuda. Si entre aquel sedimento descubre algún brillante, coloca el vaso sobre un banquillo situado delante del asiento del inspector. Allí se reconoce la arena y después vacía el vaso, alarga el brazo, extiende los dedos de ambas manos para manifestar que no tiene ninguno oculto, y luego vuelve a llenar el vaso de cascajo, y principia de nuevo su trabajo.

Al fin de cada día los inspectores entregan los diamantes a los administradores. Estos, una vez cada semana, llevan a Tejuco el producto del lavado de los diamantes, y allí la *Junta de excavaciones* los examina, pesa y anota en sus registros.

Se tienen doce cribas cuyos agujeros van disminuyendo su magnitud hasta la última, y por ellos se pasan sucesivamente los diamantes. Los mayores quedan en la criba de agujeros más anchos y así siguen hasta los más pequeños que quedan en la criba más fina. De este modo se tienen diamantes de doce grados diferentes, que se envuelven en papel, luego se meten en sacos que se depositan en una caja sobre la cual ponen sus respectivos sellos el intendente, el fiscal y el primer tesorero. La caja sale acompañada de un empleado elegido por el intendente, dos soldados del regimiento de caballería de la provincia y cuatro de infantería. Apenas llega a Villa Rica se presenta al general, que sin abrirla la pone también su sello. Cumplida esta formalidad el convoy se vuelve a poner en camino hacia la capital. El tesoro tiene tres llaves, de las cuales una está en poder del intendente y las otras dos en el de los empleados superiores. Cada año se remiten a Río Janeiro tan solo los diamantes recogidos en el año precedente.

De los documentos oficiales comunicados a Spix y Martins resulta que el peso de los diamantes recogidos en Tejuco desde el año 1772 hasta el de 1818 ascendía a 1.298,073 quilates (1). Esta suma parece considerable, y sin embargo no compensó los gastos de administración; de modo que el gobierno brasileño, después de la visita de los dos mencionados viajeros, renunció a las excavaciones por su propia cuenta, y las arrendó de nuevo a empresarios particulares.

Hoy es libre cualquiera en el Brasil para buscar diamantes, y los que se enriquecen por haber encontrado una vena abundante, se suelen empobrecer buscando otra. Los esclavos trabajan por su cuenta los días festivos; pero la utilidad generalmente no la obtienen los cavadores, sino los comerciantes, quienes les prometen anticipadamente el cambio por alimentos y otros artículos necesarios.

Véanse AUG. DE SAINT-HILAIRE, *Voyage dans le district des diamants*. París, 1833.

G. GARDNER, *Travels in the interior of Brazil, principally through the northern provinces, and the gold and diamond districts*. Londres, 1846.

El rajá de Matan en Borneo posee, como hemos dicho, un diamante de 367 quilates, por el cual se dice que un gobernador de Batavia ofreció inútilmente 150,000 piastras, dos bergantines armados y muchas provisiones. El gran mogol tiene uno de 279 quilates, valuado en 11.723,000 francos: Tavernier que lo vió todavía informe, le encontró del peso de 793 quilates; pero el joyero Borgnis, Veneciano, al trabajarlo le dejó muy pequeño, por cuya causa le impuso una enorme multa el emperador del mogol. El que recientemente adquirió el tesoro de la corona de Inglaterra (1850) con el nombre de *Montaña de luz* (Koh-i nor), está trabajado en forma de rosa. Se encontró en Golconda en 1550, de donde pasó a Delhi, conservándose allí hasta que el Scha Nadir lo arrebató y se lo llevó a Persia; pero después fué asesinado y los afganes tomaron aquel precioso brillante, cuyo poseedor subió al trono del Mogol. Su descendiente, expulsado del

(1) El quilate del diamante equivale a 212 miligramos.

Cabul, debió cederle al de Lahor, de quien lo adquirieron los Ingleses.

Cuando Carlos el Temerario fué muerto en la batalla contra los Suizos, un labriego se encontró un diamante y lo vendió a un cura por un escudo, quien lo volvió a vender por poco más. Después la casa Fugrer de Augsburgo le compró por 47 florines, y lo vendió luego a Enrique VIII de Inglaterra. Ocurrida la muerte de este, su hija María lo regaló a su esposo Felipe II de España. Se ignora cómo pasó de España a Toscana, de donde el emperador Leopoldo lo llevó a Viena. Es de 139 quilates y medio, tan gordo como un huevo de paloma; pero de agua que tiene algo de color de paja, y está valuado en 2.600,000 francos. Otro de 56 quilates fué vendido en 70,000 francos por el rey de Portugal a Nicolas Harlay de Sancy. Hallándose este de embajador de Enrique IV en Suiza cuando el rey tenía gran necesidad de dinero, buscó un empréstito de un Hebreo, proponiéndole empeñarle aquel diamante, y como lo había dejado en París, mandó por él a su fiel ayuda de cámara recomendándole cuanto pudo que no se lo dejase robar. El criado respondió que no se lo quitarían ni aun con la vida. Precisamente los ladrones le quitaron la vida; pero Saucy por la respuesta de aquel honrado servidor sospechó si se lo habría tragado. Buscó su cadáver, mandó abrirlo y dentro de él se encontró aquella preciosa piedra. Después se compró por 600,000 francos, cuando todavía no era bien conocido el precio de los diamantes, y no se sabe quién lo posee en el día. En Constantinopla se encontró un niño un diamante gordísimo en los tiempos de Mahomet II, que tal vez perteneció a la corona de los antiguos emperadores. Otro de 84 quilates y de bellísimas aguas, ahora forma el fondo de la pluma de Airon del sultán, fué hallado por un pobre entre las barreruras de la puerta Agrikapu: este lo cedió por tres cucharas; el comprador lo vendió por 10 aspos a un artífice y este a su jefe por un bolsa de oro, hasta que un hater-cherif lo destinó al tesoro imperial.

El duque de San Simon cuenta que un trabajador de las minas del Mogol se tragó un diamante gordísimo y de este modo lo sustrajo a la vigilancia de los empleados; lo llevó a Europa y enseñó a varios príncipes, que lo admiraron; pero conocieron que el precio era mayor que sus rentas. El duque de Orleans, regente de Francia, tenía grandes deseos de adquirirle para la corona; pero no se atrevía, atendida la escasez en que a la sazón se hallaba el tesoro. Sin embargo, le animó el financiero Law, é indujo al dueño a reducir el precio a 2.250,000 francos, además de restituírle todos los fragmentos que quedasen después de trabajarlo. Hecha esta operación pesaba 200 quilates y es el más hermoso de Europa. Si es cierto lo que refiere Federico II, Federico I de Prusia para comprar este diamante quiso dar en prenda a los Holandeses todos sus dominios en el principado de Halberstad. Se empeñó en tiempo de la Revolución, y se recobró durante el Consulado. — Cierta Armenia poseía uno irregularísimo, de 193 quilates y no admitió la oferta de Catalina de Rusia de darle 2.500,000 francos y una renta vitalicia de 25,000; pero como no se le presentó después ningún comprador, se tuvo por afortunado con que Orloff le diese la misma cantidad, sin la renta, y Catalina lo aceptó como regalo de su amante. Se cree que era uno de los ojos de la estatua de Brama en Seringam y que un granadero francés ó algún sipai indiano lo robase. — La compañía inglesa de las Indias Orientales adquirió otro con el nombre de *nossuk*, que fué otro de los despojos arrebatados al rey de los Maratas, que pesa 82 quilates y medio de purísimas aguas, el cual se vendió en Londres hace pocos años.

Todos estos son precedentes de la India. El más gordo de los brasileños se posee en Portugal; pesa 95 quilates y tres cuartos, y fué hallado en 1800 en un arroyo cerca de Tejuco; pero aquella corona tiene la

más rica colección de diamantes, valuada en 72.000,000. El rey José I tenía un vestido de seda con veinte botones, que cada uno era un grueso brillante, y todos ellos estaban estimados en 2.500,000 francos.

Por los diamantes de un anillo se ha creído que en los antiguos tiempos de Roma se sabían cortar, si no es que venían ya cortados de la India, donde se pretende que este arte fué conocido antiquísimamente. En los tiempos modernos se descubrió de nuevo por Luis de Bergnem, el cual observó que dos diamantes, frotándose entre sí, se cortaban. Por medio de esta operación obtuvo un polvo que aplicado a ciertas ruedas inventadas por él mismo, le sirvió para cortar los diamantes del modo que quería pulirlos y figurarles las facetas. Esto ocurrió en 1476 y desde entonces se conoce toda su belleza.

El diamante según la figura que se le da al cortarlo toma el nombre de brillante, rosa ó tabla. El brillante tiene siempre una superficie plana en su parte superior que da a la piedra mejor aspecto. El diamante rosa es un poliedro de triángulos equiláteros, terminado en punta, lo cual se hace cuando la piedra es muy ancha comparativamente con su grueso. Se reducen a tabla los diamantes de poco grueso comparado con la superficie. El brillante y la rosa pierden al cortarlos cerca de la mitad de su peso, por lo cual un diamante después de desbastado vale doble que en bruto. El Milanés Claudio Birago inventó el modo de cortar los diamantes.

Plinio dijo que se encontraban diamantes mezclados con oro entre Tangeh y Meroe en África; pero no habiéndose hallado jamás ni diamantes, ni oro en aquellos países, se ha tenido esto como fabuloso. Recientemente se han recogido diamantes en los Estados de Argel entre las arenas del Ued el-Raml ó Río de las Arenas, y se han puesto en las colecciones de París. Los primeros diamantes hallados en Europa fueron descubiertos por Mr. Schmidt y el conde de Polier, que por orden de Alejandro I viajaban por la Rusia Asiática con Alejandro Humboldt por la pendiente occidental de los Urales.

Hace poco tiempo que Claussen participó a la Academia de Bruselas haber hallado el lecho de un diamante en la roca, entre el gres psamítico de San Antonio de Gramagoa, de modo que muchos acudieron a hacer pedazos aquel frágil mineral para sacar diamantes. En este gres psamítico están simplemente engastados; en el gres itacolúmita se hallan revueltos entre hojas de mica, como los granatos en el micascuisto. Estos últimos tienen los ángulos cortados, mientras los del gres psamítico están perfectamente cristalizados.

(O) pág. 776.

MANUSCRITOS AMERICANOS.

Las pinturas mejicanas que en corto número han llegado hasta nosotros, inspiran un doble interés, ya por la luz que extienden sobre la mitología é historia de los antiguos habitantes de América, ya por las relaciones que se cree encontrar entre ellos y la escritura jeroglífica de algunos pueblos del antiguo continente. Para reunir cuanto puede iluminarnos sobre las comunicaciones que en tiempos más remotos parece haber existido entre las tribus humanas separadas por estepas, montañas ó mares, pondremos aquí los resultados de nuestras investigaciones sobre las pinturas jeroglíficas de los Americanos.

En Etiopia se encuentran caracteres que tienen una admirable semejanza con los del antiguo sanscrito, y especialmente con las inscripciones de los subterráneos de Canarah, cuya construcción demuestra a todas las épocas los períodos conocidos de la historia indiana. (*Notes de M. Langlés pour le voyage de Norden*, t. III. p. 299. 349.) Parece, pues, que las artes

florieron en Meroe y en Axum, una de las ciudades más antiguas de Etiopia, antes que Egipto hubiese salido de la barbarie, y Sir William Jones (*Asiatic Researches*, vol. III, p. 5), versadísimo en la historia de la India, cree descubrir una sola nación entre los Etiópes de Meroe, los primeros Egipcios y los Indios. Por otra parte es casi cierto que los Abisinios, que no deben confundirse con los Etiópes autóctonos, constituían una de las tribus árabes, y según las observaciones de Langlés los mismos caracteres imitarían que se han descubierto en el África Oriental, adoraban todavía en el siglo XIV de la era vulgar las puertas de la ciudad de Samarcanda. Indubablemente existieron relaciones entre Abesch ó la Antigua Etiopia, y el llano del Asia Central.

Una prolongada lucha entre las dos sectas religiosas de los bramines y budistas terminó con la emigración de los Sciammanes al Tibet, a la Mongolia, a la China y al Japon. Sus tribus de raza tártara pasaron a la costa Noroeste de América y de allí al Sur y al Este, hacia las riberas del Gila y las del Misuri, como parece indicarlo las indagaciones etimológicas; menos debe maravillarnos encontrar entre las tribus semibárbaras del nuevo continente ídolos y monumentos de arquitectura, escritura jeroglífica y un pleno conocimiento de la duración del año y de las tradiciones sobre el primer estado del mundo; cosas todas que recuerdan los conocimientos, las artes y las opiniones religiosas de los pueblos del Asia. (WATER, *Ueber Amerika's Bevolkerung*, pág. 155, 169.)

El estudio del género humano se asemeja a aquella inmensidad de idiomas que encontramos esparcidos por la superficie de la tierra; y se perdería un laberinto de conjeturas quien quisiese señalar un origen común a tantas razas y a tantas lenguas diversas. Las raíces del sanscrito que se encuentran en la lengua persa, el gran número de raíces del persa y también del pelvi que se descubren en los idiomas de origen germánico (ADELUNG'S, *Mithridates*, I, p. 277; SCHLEGEL, *Ueber Sprache und Weisheit der Indier*, p. 7), no nos dan derecho para mirar el sanscrito, el pelvi ó antigua lengua de los Medos, el persa y el alemán como procedentes de una sola fuente. Sería absurdo suponer colonias egipcias, donde quiera que se ven monumentos piramidales y pinturas simbólicas. Pero ¿cómo no nos han de maravillar aquellos rasgos de semejanza que ofrece el vasto cuadro de las costumbres, de las artes, de las lenguas, de las tradiciones que hoy se descubren entre los pueblos más separados entre sí? ¿Cómo no indicar, donde quiera que se presentan, las analogías de estructura en las lenguas, de estilo en los monumentos, de ficciones en las cosmogonías, aun cuando tal vez sea imposible señalar las causas secretas de estas semejanzas y encontrar algún hecho histórico que se remonte a la época de las comunicaciones que existieron entre los habitantes de los diferentes climas?

Examinando los medios gráficos que los pueblos emplearon para expresar sus ideas, encontramos verdaderos jeroglíficos, ya kriológicos, ya trópicos, como aquellos cuyo uso parece que pasó de la Etopia al Egipto; cifras simbólicas, constituidas por muchas llaves, destinadas a hablar más bien a los ojos que a los oídos y que expresan palabras enteras como los caracteres chinos; cifras silabarias, como las de los Tártaros manchúes, en las cuales las vocales forman un solo cuerpo con las consonantes, aunque se pueden resolver también en letras simples; en fin verdaderos alfabetos que ofrecen el grado más alto de perfección en el análisis de los sonidos, algunos de los cuales, como por ejemplo el coreano, parecen indicar del mismo modo, según la ingeniosa observación de Langlés (*Voyage de Norden*, edic. de Langlés, t. III. pág. 296), el tránsito de los jeroglíficos a la escritura alfabética.

El nuevo continente en su inmensa extensión presenta naciones con cierto grado de cultura, las cuales tienen

sus formas de gobierno ó instituciones que solo pueden ser efecto de una larga lucha entre el príncipe y los pueblos, entre el sacerdocio y la magistratura; tienen idiomas, algunos de ellos, como el groenlandés, el cora, el tamanaco, el totonaco y el chischua (*Archiv. für Ethnographie*, lib. I, pág. 345; WATER, pág. 206), presentan tal riqueza de formas gramaticales, que en el antiguo continente no se observa en parte alguna, excepto en el Congo y entre los Vascos, reliquias de los antiguos Cántabros. Pero en medio de estos vestigios de cultura, de este perfeccionamiento en las lenguas, es notable que ningún pueblo indígena de América se haya elevado á aquel análisis de los sonidos que conduce al descubrimiento mas admirable, al mas maravilloso de todos, al del alfabeto.

El uso de las pinturas jeroglíficas era común á los Toltecas, Tlascaltecas, Aztecas y á otras muchas tribus, que despues del siglo VII de nuestra era aparecen sucesivamente sobre las alturas de Anahuac; y como en ningún paraje de ellas se ven caracteres alfabéticos, se podría creer que el perfeccionamiento de los signos simbólicos y la facilidad con que se pintaban los objetos hubiesen impedido tal vez la introducción de las letras. En apoyo de esta opinion se podría citar el ejemplo de los Chinos que por millares de años se valen para su escritura de 80.000 cifras, compuestas de 214 llaves ó jeroglíficos radicales; pero ¿no vemos entre los Egipcios el uso simultáneo de un alfabeto y de la escritura jeroglífica, como lo prueban indudablemente los preciosos papiros encontrados en los envoltorios de muchas momias y representados en el átlas pintoresco de Denon? (*Voyage en Egypte*, pl. 136 y 137.)

Kalm en su viaje á América refiere que M. Verandier descubrió en 1736 en las sabanas del Canadá, 900 leguas al Oeste de Montreal, una tablilla de piedra asegurada á una pilastra esculpida, sobre la cual habia signos que la harian parecer una inscripción tártara. Muchos Jesuitas que se hallaban en Quebec aseguraron que el viajero habia tenido en sus manos esta tablilla, la cual el caballero de Beauharnais, gobernador á la sazón del Canadá, la remitió á Francia á M. de Maurepas. (KALM'S, *Reise* lib. III, pág. 416.) Sensible es que no se tengan ulteriores noticias sobre un monumento tan interesante para la historia del hombre! ¿Pero podía haber en Quebec personas capaces de juzgar del carácter de un alfabeto? Y si esta pretendida inscripción fué verdaderamente reconocida en Francia por tártara, ¿cómo un ministro sabio y amigo de las artes no la hizo publicar?

Los anticuarios anglo-americanos hicieron conocer una inscripción que se suponía fenicia y que está esculpida sobre las rocas de Dighton en la habia de Narangaset, cerca de las riberas del rio de Taunton, 12 leguas al Sur de Boston. Desde fines del siglo XVII hasta nuestros días Danfort, Mather, Greenwood y Sewélls han dado sucesivamente dibujos de ella, que es difícil creer que se hayan sacado del mismo original. Los indígenas que habitaban aquellos países al tiempo de los primeros establecimientos europeos, conservaban una antigua tradición, según la cual algunos extranjeros, que navegaban en casas de madera, subieron por el rio de Taunton, llamado ántes Assonet, y habiendo vencido á los hombres rojos, esculpieron ciertos signos en el escollo que hoy está sepultado bajo las aguas del rio. Court de Gebelin no duda con el erudito doctor Stiles, que en estos signos se descubre una inscripción cartaginesa, diciendo con aquel énfasis que le es natural y que tanto perjudica en cuestiones de esta clase, que « esta inscripción » llega expresamente del Nuevo Mundo para confirmar » sus ideas sobre el origen de los pueblos, pues que » en ellas se ve evidentemente un monumento fenicio, » un cuadro que indica una alianza entre los pueblos » americanos y la nación extranjera que fué con » ventos favorables de un país rico é industrial. »

He examinado cuidadosamente los cuatro dibujos de la famosa piedra de Taunton-River, publicados por M. Lort (*Account of an ancient inscription by Mr. Lort*, *Archeologia*, vol. VIII, pág. 290) en Londres en las *Memorias de la sociedad de los anticuarios*; pero lejos de encontrar allí una disposición simétrica de letras simples ó de caracteres silábicos, apenas se ve un dibujo bosquejado, análogo á aquellos que se encuentran en las rocas de Noruega (SUUM, *Samlinger til ten Danske Historie*, lib. II, pág. 215) y en casi todos los países habitados por pueblos escandinavos. Se distinguen, por la forma de las cabezas, cinco figuras humanas alrededor de un animal con cuernos, cuya parte anterior es mucho mas saliente que la extremidad posterior.

En la navegación que el señor Bompland y yo hicimos para cerciorarnos respecto de la comunicación del Orinoco con el Rio de las Amazonas, tuvimos también conocimiento de una inscripción que nos aseguraron se encontró en la cadena de las montañas graníticas, que bajo los 7 grados de latitud se extiende desde la aldea indiana de Uruana ó Urbana hasta las riberas occidentales del Cáura. El misionero Ramon Bueno, fraile francisco, habiéndose refugiado por casualidad en una caverna formada por la separación de algunos bancos de roca, vió en medio de esta caverna un grueso trozo de granito, sobre el cual le pareció reconocer caracteres reunidos en muchos grupos y colocados en la misma línea. Desgraciadamente las circunstancias desastrosas en que nos hallábamos cerca del Rio Negro en Santo Tomas de la Guayana, no nos permitieron hacer personalmente esta observación; pero el misionero me comunicó parte de aquellos caracteres en los cuales se podría reconocer alguna semejanza con el alfabeto fenicio, aunque temo que aquel buen religioso que parecia dar poco valor á esta pretendida inscripción, la copiase con poca exactitud.

Es muy notable que aquel mismo país salvaje y desierto, en el que P. Bueno creyó ver letras entalladas en el granito, presente gran número de peñascos, que á una altura extraordinaria están cubiertos de figuras de animales, representaciones del sol, de la luna y de los astros, y de otros signos, tal vez jeroglíficos. Los indígenas cuentan que sus ascendientes, al tiempo de la inundación, llegaron en sus canoas hasta la cumbre de las montañas, y que entonces estaban tan blandas las piedras que los hombres podían trazar aquellos signos con sus dedos. Esta tradición anuncia una tribu cuya cultura es muy diferente de la del pueblo que la precedió, y que manifiesta una absoluta ignorancia de los usos del cincel y de los demas instrumentos metálicos.

De todos estos hechos se deduce, que no hay ninguna prueba cierta de que los Americanos conociesen un alfabeto. En estas indagaciones es necesario proceder con tanta precaución cuanta es necesaria para no confundir lo que simplemente se debe á la casualidad ó á un pasatiempo con las letras ó caracteres silábicos. Mr. Truter (*BERTUCH. Geogr. Ephem* lib. XII, pág. 67) refiere que en la extremidad meridional del África, cerca de los Betjuanas, se vieron unos niños ocupados en señalar sobre una roca con clavo caracteres que tenían la mas perfecta semejanza con la P y la M del alfabeto romano, y sin embargo aquellos pueblos rústicos están muy lejos de conocer la escritura.

Esta falta de letras observada en el nuevo continente, en el segundo descubrimiento hecho por Cristóbal Colon, conduce á la idea de que las tribus de raza tártara ó mogola, que se pueden suponer procedentes del Asia Oriental, tampoco poseyeron la escritura alfabética, ó lo que es ménos probable, que habiendo recaído en la barbarie bajo la influencia de un clima poco favorable al desarrollo del espíritu, hubiesen perdido este arte maravilloso, conocido por muy pocos

de ellos. No es del caso que ventilemos aquí la cuestión de si el alfabeto dewanagari se remonta á mucha antigüedad en las riberas del Indo y del Ganges, ó si, como dice Estrabon (lib. XV, pág. 1035-44), apoyándose en la autoridad de Magastenes, los Indios ignoraban la escritura ántes de la conquistas de Alejandro. Mas al Este y al Norte, en la región de las lenguas monosilábicas, igualmente que en la de las lenguas tártaras, samoyedas, ostiacas y kamschadales, el uso de las letras, donde hoy se encuentra, no fué introducido hasta muy tarde. Parece también muy probable que el Cristianismo nestoriano (LANGLÉS), *Dictionnaire tartare-mantchou*, pág. 18; *Recherches asiatiques*, tomo II, pág. 612. n. d.) diese el alfabeto estranguelo á los Oiguros y Tártaros Manchúes; alfabeto que en las regiones septentrionales del Asia es todavía mas reciente que los caracteres rúnicos en el Norte de Europa. No hay necesidad, pues, de suponer que las comunicaciones del Asia Oriental y la América se remontan á una antigüedad remotísima, para comprender cómo esta última parte del mundo no pudo recibir un arte, que por una gran serie de siglos solo fué conocido en Egipto (*ZOEGA, De origine obeliscorum*, pág. 551), en las colonias fenicias y griegas, y en el pequeño espacio de terreno que hay entre el Mediterráneo, el Oxo y el Golfo Pérsico.

Recorriendo la historia de los pueblos que ignoran el uso de las letras, se ve que casi por todas partes en los dos hemisferios los hombres probaron á pintar los objetos que mas fuertemente herian su imaginación, para representar las cosas, indicando una parte por el todo, ó para componer cuadros reuniendo figuras ó las partes que las recuerdan, perpetuando de este modo la memoria de algunos hechos notables. El Indio del Delaware, cuando recorre los bosques, hace señales en la corteza de los árboles, para indicar el número de hombres y mujeres que ha muerto al enemigo. Allí el signo convencional que indica la piel arrancada de la cabeza de una mujer, solo se diferencia por un pequeño signo del que caracteriza la cabellera del hombre. Si se quiere llamar jeroglífico á toda expresion de la idea por medio de las cosas, no hay ángulo de la tierra, como observa muy bien Zoega, donde no se encuentre la escritura jeroglífica; pero este mismo erudito, que hizo un estudio profundo de las pinturas mejicanas (pág. 323-334), observa del mismo modo, que es necesario no confundir la escritura jeroglífica con las representaciones convencionales, ni con aquellos cuadros en que los objetos están en relacion de acción unos con otros.

Valdes y Acosta, primeros religiosos que visitaron la América (*Rhetorica christiana, auctore DIDACO VALADES, Romæ* 1579, p. II, cap. 27, pág. 93; ACOSTA libro VI, cap. 7), definieron las pinturas aztecas « una » escritura semejante á la de los Egipcios; » y aunque despues Kircher, Warburton y otros sabios han censurado esta expresion, ha sido porque no han distinguido las pinturas de un género mixto, en las cuales están los verdaderos jeroglíficos, ya kiriológicos, ya trópicos, unidos á la representación natural de una acción, y la escritura jeroglífica simple, cual se encuentra no en el *pyramidion*, sino en las grandes fachadas de los obeliscos. La famosa inscripción de Tébas, citada por Plutarco y por Clemente de Alejandría (PLUT. *De Iside*, ed. Paris, 1624, t. II, pág. 363; F. CLEM. ALEX. *Strom.* lib. V, cap. 7, ed. Potter; OXON. 1715, t. II, pág. 670, lin. 30), única explicación que ha llegado hasta nosotros, expresaba en los jeroglíficos de un niño, un viejo, un buitre, un pez y un hipopótamo la sentencia siguiente: « Vos que na » céis y que debéis morir, sabed que el Eterno de » testa la impudencia. » Para expresar la misma idea un Mejicano, hubiera representado el grande espíritu Teotl castigando á un culpable; le hubieran bastado algunos caracteres colocados sobre las dos cabezas, para indicar la edad del niño y la del viejo; hubiese

individualizado la acción; pero el estilo de estas pinturas jeroglíficas no le habria suministrado los medios de expresar en general el sentimiento de odio y de venganza.

Según las ideas que los antiguos nos han trasmitido de las inscripciones jeroglíficas de los Egipcios, es probable que pudieran leerse como se leen los libros chinos. Las colecciones, que tan impropriamente llamamos *manuscritos mejicanos*, contienen gran número de pinturas, que pueden interpretarse ó explicarse como los relieves de la columna Trajana; pero se descubren pocos caracteres que se puedan leer. Los pueblos aztecas tenían verdaderos jeroglíficos simples para indicar el agua, la tierra, el aire, el viento, el día, al noche, la media noche, la palabra, el movimiento; también los tenían para indicar los números, los días y meses del año solar, y estos signos, unidos á la pintura de un acontecimiento, indicaban de una manera bastante ingeniosa si la acción sucedía de día ó de noche, cual era la edad de las personas, si habían hablado, y cual de ellas habia hablado mas. Entre los Mejicanos se encuentran del mismo modo vestigios de jeroglíficos fonéticos que indican las relaciones, no con las cosas, sino con la palabra. Entre los pueblos semibárbaros los nombres de los individuos y los de las ciudades y de las montañas hacen generalmente alusión á objetos que afectan los sentidos, como por ejemplo la forma de las plantas y de los animales, el fuego, el aire ó la tierra. Esta circunstancia proporcionó á los pueblos aztecas los medios de poder escribir los nombres de las ciudades y los de sus soberanos. La traducción verbal de *Axayacatl* es cara de agua; la de *Ihuicamina*, flecha que hiere el cielo; de modo que para representar bien los reyes Motezuma, Ihuicamina y Axayacatl, el pintor reunía los jeroglíficos del agua y del cielo á la figura de una cabeza y de una flecha. Los nombres de las ciudades de Macuilxochill, Quauhtinchan y Tehuilojocan significan cinco flores, casa del águila y lugar de los espejos. Para indicar estas tres ciudades, se pintaba una flor colocada sobre cinco puntos, una casa de la cual salía la cabeza de un águila y un espejo de obsidiana. De este modo la reunión de diversos jeroglíficos simples indicaba los nombres compuestos por medio de signos, que hablaban al mismo tiempo á los ojos y al oído; muchas veces los caracteres que indicaban las ciudades y las provincias se tomaban igualmente de los productos del suelo ó de la industria de los habitantes.

De todas estas investigaciones resulta, que las pinturas mejicanas que han llegado hasta nosotros, presentan una gran semejanza, no con la escritura jeroglífica de los Egipcios, sino mas bien con los rollos de papiro hallados en las envolturas de las momias, y que deben considerarse como pinturas de género mixto, pues que los caracteres simbólicos y aislados están en ellos unidos á la representación de una acción. En estos papiros están representadas iniciaciones, sacrificios, alusiones al estado del alma despues de la muerte, á los tributos pagados al vencedor, á los efectos de las inundaciones del Nilo y á las operaciones de la agricultura. Entre gran número de figuras en acción ó en relaciones unas con otras, se ven algunos jeroglíficos verdaderos, de aquellos cuyo carácter aislado pertenecen á la escritura. No solo sobre los papiros y en las envolturas de las momias, sino también en los obeliscos se descubren vestigios de aquel género mixto que reúne la pintura á la escritura jeroglífica. La parte inferior y la punta de los obeliscos egipcios presentan ordinariamente un grupo de dos figuras, en relacion una con otra, y que no se confunden con los caracteres aislados de la escritura simbólica. (*ZOEGA*, pág. 438.)

Comparando las pinturas mejicanas con los jeroglíficos que adornaban los templos, los obeliscos, y quizá también las pirámides de Egipto; reflexionando

sobre la marcha progresiva que parece haber seguido el espíritu humano en la invasión de los medios gráficos propios para expresar las ideas, vemos que los pueblos de América estaban muy lejos de la perfección a que llegaron los Egipcios. Los Aztecas, en realidad, solo conocían poquísimos jeroglíficos simples, algunos para indicar los elementos; tenían otros para los recuerdos del tiempo y de los lugares, de modo que por medio únicamente de un gran número de estos caracteres capaces de ser empleados *aisladamente*, la *pintura* de las ideas llega a ser de fácil uso, y se aproxima a la escritura. Entre los Aztecas encontramos el germen de los caracteres fonéticos, pues sabían escribir nombres reuniendo algunos signos que exigían sonidos, cuyo artificio podía haberlos conducido al bello descubrimiento de un *silabario* y a *alfabetizar* sus jeroglíficos simples. Pero ¿cuántos siglos habrían debido pasar antes que aquellas tribus montaraces, apegadas a sus costumbres con aquella terquedad que caracteriza a los Chinos, Japoneses e Indios se hubieran elevado a la descomposición de las palabras, al análisis de los sonidos, a la invención de un alfabeto!

A pesar de la imperfección extrema de la escritura jeroglífica de los Mejicanos, el uso de sus pinturas suplía muy bien la falta de libros, de manuscritos y de caracteres alfabéticos. En los tiempos de Motezuma, millares de personas se ocupaban en pintar, o componiendo por sí mismas, o copiando pinturas ya existentes. La facilidad con que se fabricaba el papel con hojas de maguey ó pita (*agave*), contribuía sin duda a hacer frecuente el uso de la pintura. La caña de papiro (*cyperus papyrus*) no crece en el antiguo continente sino en algunos lugares húmedos y templados, al paso que la pita crece igualmente en las llanuras que en las montañas mas elevadas; vegeta en las regiones mas cálidas de la tierra, del mismo modo que en aquellas en donde el termómetro baja hasta cero. Los manuscritos mejicanos (*codices mexicani*) que se han conservado, están pintados, unos sobre pieles de ciervo, otros sobre telas de algodón ó papel de maguey. Es también muy probable que tanto entre los Americanos como entre los Griegos y otros pueblos del antiguo continente, el uso de las pieles curtidas y preparadas haya precedido al del papel, ó a lo ménos parece que los Toltecas habían empleado ya la pintura jeroglífica en aquellos remotos tiempos en que habitaban las provincias septentrionales, cuyo clima es contrario al cultivo del agave.

Entre los pueblos de Méjico, las figuras y los caracteres simbólicos no estaban indicados en hojas separadas. Cualquiera que fuese la materia usada para los manuscritos, rara vez se la destinaba a hacer rollos; casi siempre la doblaban de una manera parecida al papel ó tela de nuestros abanicos; y en las extremidades le pegaban dos tablitas de madera ligera, una arriba y otra abajo, de modo que la pintura antes de desplegarla ofrece la mas perfecta semejanza con nuestros libros encuadernados. De esta disposición resulta, que abriendo un manuscrito mejicano, como se abre uno de nuestros libros, no se puede ver mas que una mitad de los caracteres cada vez, esto es, aquellos que están pintados en la misma parte de la piel ó de la hoja de maguey, y para examinar todas las páginas (si se pueden llamar así los diferentes pliegos de una plana que tiene muchas veces de 12 á 15 metros de largo), es necesario extender todo el manuscrito una vez de izquierda á derecha, y otra de derecha á izquierda, ofreciendo las pinturas mejicanas, bajo este aspecto, la mayor analogía con los manuscritos siameses conservados en la Biblioteca imperial de París, que están plegados también como abanicos.

Los volúmenes que los primeros misioneros de Nueva España llamaban impropriamente libros mejicanos, contenían noticias sobre objetos muy diferentes; es decir, eran á la vez anales históricos del imperio mejicano, rituales que indicaban el mes y día en que se

debían hacer sacrificios á esta ó aquella divinidad, representaciones cosmogónicas y astrológicas, fragmentos de procesos, documentos relativos al catastro ó a la división de las propiedades en un Común, índices de los tributos que debían pagarse en este ó en aquel tiempo, tablas genealógicas, segun las cuales se regían las herencias y el orden de sucesión, calendarios que demostraban las intercalaciones del año civil y del religioso; y finalmente, pinturas que recordaban las penas con que los jueces debían castigar los delitos. Mis viajes por los diversos países de América y Europa me proporcionaron la ventaja de examinar mas manuscritos mejicanos que los pudieron ver Zoega, Clavigero, Gama, el abate Hervas, el conde Reinaldo Carli, ingenioso autor de las *Cartas americanas*, y otros sabios, que despues de Boturini escribieron sobre aquellos monumentos de la antigua civilización de América. En la preciosa colección conservada en el palacio del virey de Méjico, he visto fragmentos de pinturas relativas á los objetos que hemos enumerado. Causa el mayor asombro la afinidad entre los manuscritos mejicanos conservados en Veletri, Roma, Bolonia, Viena y Méjico, de modo que á primera vista parecen copiados unos de otros. Todos presentan una corrección extremada en los contornos, exactitud minuciosa en las partes, gran viveza en los colores, dispuestos de modo que formen marcados contrastes; las figuras tienen generalmente el cuerpo grueso como las de los relieves etruscos: en cuanto á la precisión del dibujo, son inferiores á las mas mezquinas de los Indios, Tibetanos, Chinos y Japoneses. Entre las pinturas mejicanas se ven cabezas de una magnitud enorme, cuerpos excesivamente cortos, y piés que por la longitud de sus dedos se asemejan á las garras de las aves; las cabezas dibujadas constantemente de perfil, aunque el ojo se halle colocado como si la figura hubiera de verse de frente. Todo esto demuestra la infancia del arte; pero es necesario no olvidar que aquellos pueblos que expresan sus ideas por medio de pinturas, y se hallan precisados por su estado social á hacer un uso frecuente de la escritura jeroglífica mixta, tienen tan poco interés en pintar correctamente como los sabios de Europa en emplear un hermoso carácter de letra.

Sería imposible negar que los pueblos montaraces de Méjico pertenecen á una especie de hombres que, semejantes á muchas hordas tártaras y mogolas, se complacen en imitar las formas de los objetos. En la Nueva España, así como en el Perú y en Quito, se ven por todas partes Indios, que sabiendo pintar y esculpir, copian servilmente cuanto se presenta á sus ojos. Despues de la llegada de los Europeos, aprendieron á dar mayor corrección á sus contornos; pero nada manifiesta que hayan comprendido aquel sentimiento de lo bello, sin el cual la pintura y la escultura no pueden elevarse sobre las artes mecánicas. Bajo este y otros aspectos, los habitantes del Nuevo Mundo se parecen á todos los pueblos del Asia Oriental.

También se concibe que el uso frecuente de la pintura jeroglífica mixta debe concurrir á agotar el gusto de una nación, acostumbrándola á ver las figuras ménos correctas, y las formas muy lejos de la exactitud de sus proporciones. Para indicar un rey, que en tal ó cual año venció á una nación vecina, el Egipcio, con la perfección de su escritura, colocaba sobre la misma línea un pequeño número de jeroglíficos aislados, que expresaban toda la serie de las ideas que se querían representar, y gran parte de estos caracteres consistían en figuras de objetos inanimados: el Mejicano, por el contrario, para resolver el mismo problema, estaba obligado á pintar un grupo de dos personas, un rey armado que amenaza á un guerrero, el cual lleva las armas de la ciudad conquistada. Á fin de facilitar, pues, el uso de estas pinturas históricas, se principió desde luego á pintar solo aquello que era absolutamente indispensable para reconocer los objetos. ¿Á qué pintar brazos á

una figura representada en tal actitud que no puede hacer uso alguno de ellos? Además, las formas principales con las cuales se indicaba una divinidad, un templo, un sacrificio, debían fijarse muy luego. La inteligencia de las pinturas habria llegado á ser extremadamente difícil, si cada artista hubiese podido variar á su antojo la representación de los objetos que estaba obligado á dibujar con mas frecuencia. De esto se sigue que la civilización de los Mejicanos hubiera podido progresar mucho, sin que fuesen tentados á abandonar las incorrectas formas que por largo tiempo habian llegado á ser convencionales. Un pueblo montañés y guerrero, robusto, pero de extrema fealdad, segun los principios de la belleza de los Europeos, embrutecido por el despotismo, acostumbrado á un culto sanguinario, y poco dispuesto á elevarse por sí mismo á la última de las bellas artes; la costumbre de pintar en vez de escribir, la frecuente vista de tantas figuras feas y desproporcionadas, y la precisión de conservar estas mismas figuras sin alterarlas jamas, debían contribuir á perpetuar el mal gusto entre los Mejicanos.

Es inútil buscar sobre las alturas del Asia Central ó mas al Norte ó al Este pueblos que hayan usado esta pintura jeroglífica, que se conserva en los países de Anahuac desde fines del siglo VII en adelante: los Kamschadales, los Tonguses y las demas tribus de la Siberia, descritas por Strahlenberg, pintan figuras que recuerdan hechos históricos. En todas las zonas existen naciones mas ó ménos dedicadas á este género de pintura; pero hay mucha diferencia entre una lámina llena de caracteres y los manuscritos mejicanos, todos compuestos por un sistema uniforme, que se pueden considerar como los anales del imperio. Ignoramos si este sistema de pintura jeroglífica fué inventado en el nuevo continente, ó debido á alguna de las tribus tártaras que emigraron á aquel país, que conocía la exacta duración del año, y cuya cultura era tan antigua como las de los Oiguros de la meseta de Turfan. Si el antiguo mundo no nos presenta ningun pueblo que haya hecho un uso tan extenso de la pintura como los Mejicanos, es porque en Europa y Asia no encontramos una civilización igualmente adelantada sin el conocimiento de un alfabeto, ó de ciertos caracteres que hagan sus veces, como las cifras de los Chinos y de los habitantes de Corea.

Antes de la introducción de la pintura jeroglífica, los pueblos de Anahuac se servían de aquellos nudos ó hilos de colores que los Peruanos llaman *quipos* y que se encuentran (LAFITAU, *Mœurs des sauvages*, t. I, pág. 233 y 503; *Hist. générale des voyages*, t. I, lib. x, cap. 8; MARTINI, *Histoire de la Chine*, pág. 21; BOTURINI, *Nueva historia de la América Septentrional*, pág. 85), no solo entre los habitantes del Canadá, sino también y de muy antiguo entre los Chinos. El caballero Boturini tuvo la fortuna de obtener verdaderos quipos mejicanos, ó mas bien *nepohualtzitzin*, hallados en el país de los Tlascaltecas. En las grandes emigraciones de los pueblos, los de la América se dirigieron de Norte á Sur, como los Iberos, los Celtas y los Pelasgos vinieron de Este á Oeste. Tal vez los habitantes del Perú pasaron por la llanura de Méjico. Ulloa (*Noticias americanas*, pág. 43), que llegó á familiarizarse con el estilo de la arquitectura peruana, quedó sorprendido de la gran semejanza que ofrecían en la distribución de las puertas y de los nichos algunos edificios de la Luisiana Occidental con los *tambos* construidos por los Incas, y no es ménos sorprendente que, segun las tradiciones recogidas en Lican, antigua capital del reino de Quito, los quipos fuesen conocidos de los Peruanos mucho antes que los descendientes de Manco-Capac los hubiesen subyugado.

El uso de la escritura y de los jeroglíficos hizo olvidar en Méjico, como en la China, los nudos ó los *nepohualtzitzin*. Este cambio se verificó hacia el

año 648 de nuestra era. Un pueblo septentrional, pero muy bien organizado, los Toltecas, apareció en las montañas de Anahuac, al Este del Golfo de California, expulsado, segun se dice, de un país al Nordeste del Rio Gila, llamado Huehuetlapallan, y llevaba consigo pinturas que indicaban, año por año, los acontecimientos de su emigración. Pretende haber abandonado aquel país, de ignorada situación para nosotros, el año 534, al tiempo mismo en que la ruina total de la dinastía de los Tsin ocasionaba grandes movimientos entre los pueblos del Asia Oriental; esta circunstancia es notabilísima. Además, los nombres que los Toltecas ponían á las ciudades que fundaban, eran los de las ciudades del país boreal que habian tenido que abandonar: así podremos saber el origen de los Toltecas (CLAVIGERO, *Historia de Méjico*, t. I, pág. 126, t. IV, pág. 29 y 46), de los Cirimecos, de los Acolhuos y de los Aztecas, cuatro naciones que hablaban la misma lengua, y que entraron sucesivamente y por el mismo camino en Méjico, cuando se llegue á descubrir en el Norte de América ó del Asia un pueblo que conozca los nombres de Huehuetlapallan, Aztlan, Teocolhuacan, Amaquemecan, Tehuajo y Copalla.

Hasta el grado 53 de latitud, la temperatura de la parte Noroeste de América es mas benigna que en las partes orientales, de lo que se podria deducir que la civilización haya hecho antiguamente mas progresos bajo la influencia de este clima, y también en latitudes mas elevadas; y aun hoy se nota igualmente que bajo el 57º, en el canal de Cox y en la bahía de Norfolk, llamada por Marchand el Golfo de Tchinkitane, los indigenas tienen una afición decidida por las pinturas jeroglíficas sobre madera. Ya examiné en otra parte, si sería probable que estos pueblos ingeniosos y de carácter generalmente dulce y afable fuesen colonias de Mejicanos refugiados hacia el Norte, despues de la llegada de los Españoles, ó si serían mas bien descendientes de las tribus toltecas ó aztecas, las cuales, al tiempo de la irrupción de los pueblos de Aztlan, se quedaron en aquellas regiones septentrionales. (Véase mi *Ensayo político*, tom. I, pág. 372 y tom. II, pág. 507; MARCHAND, tom. I, pág. 259, 261, 299 y 373.) Por la feliz reunión de muchas circunstancias, el hombre se eleva á cierto grado de civilización aun en los climas ménos favorables al desarrollo de los seres organizados, de modo que junto al círculo polar, en Islandia, despues del siglo XII, los pueblos escandinavos cultivaron las letras y las artes con mejor éxito que los habitantes de Dinamarca y Prusia.

Parece que algunas tribus toltecas se hayan mezclado con las naciones que habitaban el país comprendido entre la ribera oriental del Misisipi y el Océano Atlántico. Los Iroqueses y los Hurones hacían sus pinturas jeroglíficas sobre madera, las cuales tenían una analogía singular con las de los Mejicanos, indicando también los nombres de las personas que querían designar, y empleado el mismo artificio de que hemos hablado en la descripción de un cuadro genealógico. Los indigenas de la Virginia tenían pinturas, llamadas *sagkokok*, que representaban con caracteres simbólicos los acontecimientos de 60 años, y eran grandes ruedas divididas en sesenta radios ó en otras tantas partes iguales. (LAFITAU, tom. II, pág. 43, 225 y 416; LA HONTAN, *Voyage dans l'Amérique Septentrionale*, tom. II, pág. 193.) Lederer refiere haber visto en la aldea indiana de Pommacomek uno de estos ciclos jeroglíficos (*Journal des savans*, 1681, pág. 75), en el cual, el año de la llegada de los blancos á la costa de la Virginia, estaba indicado por la figura de un cisne vomitando fuego, para expresar al mismo tiempo el color de los Europeos, su llegada por el agua, y el mal que habian hecho con sus armas de fuego á los hombres rojos.

El uso de las pinturas y del papel de maguey se extendía en Méjico mucho mas allá de los límites del imperio de Motezuma, y hasta las riberas del lago de